

—Yo me vuelvo á México, dijo Doña Luisa, al
levantarse de la mesa con un suspiro, y se fue
—Como quieres, contestó Don Juan, pero yo
continúo mi camino porque tengo necesidad de es-

CAPITULO VIII.

**La Cruz de Culiacan.—Leyenda.—Salamanca.—La Peni-
tenciaria.—El Río Grande.—Irapuato.—Guanajuato.**

La noche estaba hermosa y tranquila; la luna
brillaba en el azul purísimo del cielo con todo su
esplendor.

En el fondo del carruaje, el pequeño Luis dor-
mia profundamente, sonriendo; Doña Luisa y Ade-
lina rezaban; Carlos, envuelto en su capa, inclina-
ba la cabeza pensativo, y Don Juan, sin poder
ocultar su inquietud, asomado á la portezuela, ob-
servaba el camino.

La extensa llanura de la mesa central, por don-
de caminaban, solo era interrumpida á veces por
pequeños montecillos de nopales; á uno y otro la-
do de la calzada, el agua de las lluvias, estancada
todavía, reflejaba la luz brillante de las estrellas.

Esta es, dijo Don Juan, la famosa Charca de
Salamanca; esta larga calzada fué construida en
1851, siendo Gobernador del Estado el Sr. Lic. D.
Octaviano Muñoz Ledo. En la estacion de las
aguas este camino es verdaderamente penoso; ve-
ces hay en que la diligencia tarda tres y cuatro
días en recorrer el pequeño tramo que separa á
Celaya de Salamanca.

—¿Qué nombre tiene aquella alta montaña que
se descubre á la izquierda? preguntó Carlos.

—El cerro de Culiacan: en su elevada y riscosa
cumbre se levanta una gran cruz que es muy ve-
nerada por los campesinos. En un dia sereno se
puede descubrir, aun á la simple vista, á pesar de
la distancia.

—¿Y por qué pusieron allí esa cruz? papá.

—La piedad cristiana ha colocado siempre en
todas partes el sagrado signo de la redencion.

—Yo he oido referir una poética leyenda, dijo
Doña Luisa, á propósito de la Cruz de Culiacan.

—Cuéntanosla, mamá.

—Poco tiempo despues de fundada la ciudad
de Salvatierra, un indio anciano, acompañado de
su mujer y de una hija de diez y seis años, llegó

á la cumbre de la montaña y allí construyó una pequeña choza.

La rara y magnífica hermosura de la jóven María comenzó á llamar la atención de los habitantes de la comarca.

En las inmediaciones de Salvatierra residia un español, mozo de arrogante presencia, que se llamaba Pedro Núñez.

Pedro Núñez vió á María, y se enamoró de ella.

María correspondió tiernamente á aquel amor.

Pasó algun tiempo.

Una noche el anciano le dijo á su hija: sé lo que pasa, pero te advierto, que antes te veré muerta que esposa de uno de los asesinos de nuestros padres.

María lloró mucho.

Un día, al fin, fué depositada por su amante en la casa del alcalde de Salvatierra.

Un mes despues se verificó el matrimonio, en la iglesia parroquial.

El anciano indio, sombrío y feroz permaneció en la choza de la montaña.

Los nuevos esposos salieron una tarde de la ciudad á pasear á la florida margen del rio de Lerma.

Al oscurecer un campesino encontró el cadáver de María, sobre el musgo de la ribera.

Nada mas pudo saberse.

El anciano indio habia desaparecido, la choza habia sido destruida por un incendio.

A la noche siguiente los moradores de las cercanías oyeron un llanto tristísimo y prolongado, y creyeron ver una fantasma blanca, errando al rededor del cerro de Culiacan.

Durante veinte años, noche por noche, el llanto se dejó oír de la misma manera.

Al escuchar el doliente gemido, es la llorona, decian los labradores y se santiguaban.

Una tarde, un sacerdote subió á la cima de la montaña.

Era Pedro Núñez.

El mismo levantó al dia siguiente la venerable cruz de Culiacan.

El llanto nocturno no volvió á oírse.

El padre Pedro iba todas las noches á orar al pié de aquella cruz.

Al resplandor de la luna solia verse, junto al sacerdote, una figura blanca, que se confundia á veces con las nubes que coronan la montaña.

—Esa cruz, célebre ya por la tradicion, dijo

Don Juan, inspiró magníficos cantos á un ilustre y malogrado poeta guanajuatense. Siempre que paso por aquí no puedo dejar de consagrar un cariñoso recuerdo á Francisco Bárcena. Su alma altiva, su corazon ardiente, su génio elevado, atrajeron sobre él las tempestades del infortunio. Murió pobre, oscuro y olvidado; pero la posteridad le hará justicia, y el nombre del cantor de Culiacan será un dia orgullo de la literatura nacional. (1)

Todos guardaron silencio.

A las tres de la mañana llegaron á Salamanca.

Fatigados nuestros viajeros de la marcha nocturna, al dia siguiente se levantaron muy tarde.

Despues del almuerzo, fueron á recorrer la poblacion.

Salamanca está situada á la márgen derecha del rio de Lerma, á los 20° 32' 8" de latitud N. y á 1° 52' de longitud O. del meridiano de México.

—¿Qué aspecto tan triste tiene esta poblacion!

(1) Francisco Bárcena nació en el Valle de Santiago, de una familia pobre y humilde; en el colegio del Estado hizo brillantes estudios y desde muy jóven se hizo admirar como excelente poeta. Jóven aun falleció en León el año de 1866. Entre sus poesías mas notables debemos mencionar la Oda á la ciencia. El Salvage, la Inmortalidad y varios sonetos magníficos.

exclamó Cárlos: las calles están desiertas, en ninguna parte se nota movimiento.

—Allí está la parroquia, papá, dijo Adelina.

—Nada tiene que pueda llamar la atencion, hija mia; es un templo feo y pobre.

—¿Cuántos templos hay ademas de la parroquia?

—Los que yo recuerdo son los siguientes: el magnífico templo de San Agustin, que veremos despues, el santuario del Señor del Hospital, la Santa Escuela, y varias capillas.

—¿En qué época fué fundada esta villa? preguntó Cárlos.

—En 1603, segun asegura un antiguo cronista.

—¿Y en qué número puede estimarse su poblacion?

—En diez ó doce mil habitantes.

—Vamos á ver la penitenciaría, papá.

—El antiguo convento de Agustinos, está transformado hoy en penitenciaría. El gobierno del Estado tuvo un feliz pensamiento: en ningun objeto mas útil y mas benéfico pudo haberse empleado este extenso y grandioso edificio.

—¿En qué época fué construido, papá?

—En los primeros dias del año de 1771, quedó enteramente terminada la obra.

—Está situado el convento en una elevacion, en la ribera del rio, dijo Carlos, escribiendo.

—Mas bien que un convento parece una fortaleza.

El templo es magnífico, sobre todo en la parte interior: en toda su extension los muros están cubiertos de altares de gusto churrigueresco, tallados primorosamente y dorados. Antiguamente habia aquí una selecta coleccion de cuadros de los mas renombrados artistas.

La penitenciaría es muy extensa y tiene celdas y salones para los presos y grandes localidades para una multitud de talleres. La buena ventilacion, la buena luz, el aseo y el orden, dán al edificio un aspecto agradable. Al ver semblantes alegres en vez de fisonomías patibularias, al oír el rumor del trabajo, el viajero se olvida de que visita una prision. Hay allí una escuela para los presos, baños y un pequeño teatro. (1)

(1) Hace algunos años el autor de esta pequeña historia, logró reunir un número considerable de libros, que bondadosamente le cedieron las personas mas distinguidas del Estado y hoy la penitenciaría tiene una pequeña biblioteca.

Despues de haber recorrido la penitenciaría, Don Juan, Doña Luisa y los niños, regresaron á su alojamiento.

—Nada hay ya que ver en Salamanca, dijo D. Juan.

—¿No existe aquí una fábrica de loza? preguntó Doña Luisa.

—Hace ya muchos años que fué trasladada á México, dijo Don Juan.

En la noche nuestros viajeros fueron á dar una vuelta á la plaza. Un hombre sospechoso los seguia. Al dia siguiente, á las cuatro de la mañana, salieron para Guanajuato.

A las siete llegaron á Irapuato.

El carruaje se detuvo frente á un hotel.

—¿Qué alegre es este pueblito! dijo Adelina.

—Irapuato progresa rápidamente, contestó Don Juan.

—¿En qué época fué fundada la poblacion? preguntó Carlos.

—En 1547, reinando en España el rey Carlos V. En 1833, el congreso del Estado concedió á Irapuato el título de Villa.

—Al pasar he visto tres plazas y buenos edificios.

—¿Cuántos templos hay aquí, papá?
 —No recuerdo exactamente el número; pero son dignos de llamar la atención los siguientes: la Parroquia, San Francisco, el Hospital, la Enseñanza, San Cayetano, Santa Ana, el Santuario de Guadalupe y Santiago.

—¿Qué población tiene Irapuato?
 —Catorce mil habitantes, contesto Don Juan.
 —Vamos á desayunarnos, dijo Doña Luisa.

Los niños no se hicieron repetir la proposición. A las siete y treinta y dos minutos salieron para Guanajuato.

—Ya verás qué hermoso es Guanajuato, dijo Don Juan, sonriendo, y acariciando á Luis; la ciudad está sentada sobre plata y tiene su entrada de "Marfil."

—No te quieras burlar de mí, papá.

—No, hijo mio, es la verdad.

Antes del medio día llegaron á la profunda cañada, en cuyo fondo está situado el pequeño pueblecillo de Marfil.

—Qué olor tan desagradable, dijo Doña Luisa.

—He aquí el origen de las frecuentes epidemias, que llenan de luto la ciudad.

—Mira, papá, exclamó Luis, esos castillos con torres que se elevan en la falda de la montaña.

—Son haciendas de beneficio, hijo mio; y esas contrucciones extrañas que parecen torres sirven para elevar el agua.

—Ahí está Guanajuato, exclamó Carlos.

—No es Guanajuato, hijo mio, es el pueblo de Marfil.

—Las casas diseminadas, como si fueran subiendo en tropel por los cerros, presentan un conjunto verdaderamente pintoresco, dijo Doña Luisa.

—¿Qué nombre tiene ese templo grande que se descubre en este momento? preguntó Adelina.

—Es la parroquia, fué construida en los primeros años del siglo XVIII.

—¿Qué distancia hay de aquí á Guanajuato? papá.

—Una legua, contestó Don Juan.

—Mira, exclamó Doña Luisa; á la izquierda, sobre la montaña, está el camino nuevo; para hacerlo fué necesario cortar los cerros, por esa razón se llama el camino del cerro trozado.

—¿Qué están haciendo ahí esos hombres? ¿por qué echan agua del arroyo sobre esas piedras? preguntó Carlos.

—Se ocupan en lavar los desperdicios de las haciendas, para sacar la poca plata que contiene ese lodo. De esa manera viven aquí muchos infelices.

—Ya estamos en Guanajuato, exclamó Adelina.

—¡Qué hermoso jardín! dijo Luis.

—Es el paseo del Contador. Un jardín en Guanajuato es un verdadero lujo; para plantar esos árboles, ha sido necesario cortar el cerro y poner tierra vegetal sobre las rocas.

—¡Qué tristes y áridos son los cerros que rodean la ciudad!

—Esta es la calzada; ese edificio que se eleva á la izquierda es la hacienda de Flores: esa plazuela tiene el nombre de los Angeles; ahí está el templo de Belen y el hospital; vamos á dar vuelta á la calle de Alonso, que es la más ancha y mejor de la población; ese templo que se eleva en el fondo de la calle es San Diego; aquí está el hotel del Emporio.

El carruaje se detuvo.

—¡Qué animación, qué movimiento hay en Guanajuato! exclamó Carlos.

—Hoy, á causa de las revoluciones y de la decadencia de la minería, el movimiento es menor que otras veces. Guanajuato, hijo mio, es una de

las ciudades más bellas, más pintorescas, más ricas, y más importantes de la República.

—Vamos á nuestro cuarto, dijo Doña Luisa.

Subieron y al llegar á su alojamiento los niños se asomaron al balcón.

—Aquí hay una plazita muy bonita y un jardín, exclamó Adelina; ven á ver, mamá.

—Es la plazuela de San Diego; lo que ántes era el convento es hoy el hotel del Emporio, en donde estamos; á la izquierda se eleva el templo.

—Guanajuato ha de tener una historia muy interesante, dijo Carlos; hazme favor de contármela papá.

—Con mucho gusto te referiré, hijo mio, lo poco que sé de ella.

—El lugar que la ciudad ocupa, era antiguamente una fragosa sierra, despoblada y peligrosa, perteneciente al conquistador Don Rodrigo de Vazquez. Pasando por este sitio unos viajeros, que se dirigian á Zacatecas, descubrieron la mina de San Bernabé, en el mes de Octubre de 1548. Inmediatamente se organizó una compañía para explotar ésta y otras minas, y en 1554 se formó una pequeña congregación y se construyó una fortaleza que tuvo el nombre de real de minas y que diversas

veces estuvo á punto de ser incendiada por las belicosas tribus chichimecas que recorrían la comarca. La congregación de Guanajuato permaneció sujeta, durante muchos años, á la alcaldía mayor de Celaya. En 1679, la población fué elevada al rango de villa y real de minas, con el título de Santa Fé de Guanajuato. El primer juez de minas fué Don Perafán de Rivera, á quien el rey Felipe II le encargó la conducción de la milagrosa y venerada imagen de Nuestra Señora de Guanajuato.

—¿Qué origen tiene el nombre de Guanajuato, papá? preguntó Carlos.

—Guanashuato, es una palabra del idioma tarasco que significa cerro de las ranas. Los primeros pobladores de estas montañas construyeron unos ídolos con figuras de ranas y les rindieron culto y adoración. Con el trascurso del tiempo, la palabra fué corrompiéndose, hasta convertirse en la de Guanajuato, que hoy conocemos.

—¿Qué población tiene Guanajuato, papá?

—Sesenta y tres mil habitantes, según los cálculos del distinguido geógrafo Don Antonio García Cubas. Desde su fundación, Guanajuato ha tenido épocas felices y de progreso y épocas de decaden-

cia y su población ha ido variando bajo la influencia, de las circunstancias. En 1600 la ciudad no contaba más que con 4,000 habitantes; en 1700 su población ascendía á 16,000 y en 1800, podía calcularse en 66,000. Las agitaciones de la guerra de independencia y los diferentes combates que Guanajuato tuvo que sostener, hicieron disminuir su población hasta el extremo de reducirse á 10,000 habitantes. Consumada la independencia, progresó rápidamente, y en 1825 contaba ya con cerca de 35,000 habitantes.

—Lo que me gusta de este Estado, dijo Carlos, es que no se camina una legua, sin encontrar un caserío, un pueblo ó una pequeña ranchería.

—La población de la República, hijo mío, está aglomerada en la mesa central; el Estado de Guanajuato es sin duda el que en un territorio ménos extenso, reúne el mayor número de habitantes.

—¿Y está muy alto Guanajuato, papá?

—Su elevación sobre el nivel del mar es de 2,084 metros.

—¿Qué nombre tiene ese cerro que se eleva casi perpendicular, á la derecha del hotel?

—Es el cerro de San Miguel; al lado opuesto, es decir, al Norte, está el cerro del Cuarto; al E. el

de Sirena, y al N. E. los de Mellado y Valenciana. Como habrás observado, la ciudad está colocada en el fondo de una cañada estrecha, extendiéndose por las faldas de los cerros, que la circuyen. Hacia el E. tiene origen un torrente que pasa por el centro de la población. Guanajuato está situado á los 21° latitud N. y 1° 49' longitud O. del meridiano de México.

—Vamos á dar una vuelta, papá.

—Está bien; dijo Don Juan.

Inmediatamente salieron del hotel.

CAPITULO IX.

Guanajuato.—La Parroquia.—La Compañía.—San Francisco.—Loreto.—Panorama.—La luz de la luna.—El Colegio.—El Palacio.—La Presa.—Juan Valle.

La situación topográfica de Guanajuato es verdaderamente singular, y su aspecto tan extraño como pintoresco. Sus bellos edificios, amontonados, por decirlo así, unos sobre otros, forman estrechísimas calles, siguiendo los accidentes del terreno. Sucede frecuentemente, que despues de haber subido fatigosas escaleras, el viajero se encuentra en un pequeño jardin ó terrado y sin descender un solo escalon, sale por otra puerta á la calle.

Don Juan se complacia, viendo la admiracion de los niños.